

Prólogo

En siglo y medio, práctica y aproximadamente el que transcurre desde poco antes de mediados del siglo XVII hasta 1789, cuando la Revolución francesa acaba con el Antiguo Régimen y su sistema de valores sociales y religiosos, el término *libertin* amplía su significación. Hay que remontarse en la historia de la lengua para precisar esa evolución de las acepciones del término, que el francés recupera en el siglo XVI para ir cargándose poco a poco con mayor carga semántica. Esa ampliación ya estaba latente en el origen latino, al que resulta obligatorio remitirse si queremos desenmarañar la complicada madeja que ha terminado por definir al *libertino* como «hombre de costumbres depravadas», confundiendo un término religioso con la libertad sexual y dándole un sentido peyorativo que procede y se impone durante el siglo XVIII, pues simplificando y acusando al adversario de costumbres depravadas no hay que someter a debate la primera acepción del término.

El latín había dado el nombre de *libertinus* al hijo del *libertus*, o esclavo manumitido por su amo; a pesar de esa manumisión, el *libertus* no es un hombre libre, y, según el derecho romano, se opone al que verdaderamente lo es, el *ingenuus*. Es, por tanto, la segunda generación de los que

habían sido esclavos la que lleva el nombre de *libertinus*, que, como *libertus*, no tardó en caer en desuso; de cualquier modo, tanto el liberto como el libertino no saben usar, según los textos latinos, la libertad de que gozan y ambos parecen conservar socialmente una mancha original; pervive en ambos términos, *liberto* y *libertino*, una connotación peyorativa que no tarda en pasar de lo civil a lo religioso. En los Hechos de los Apóstoles (VI, 9) se califica de libertinos¹ a los judíos que disputan con el diácono Esteban oponiéndose a sus enseñanzas; durante la Edad Media, además de ese sentido de *liberado*, tiene otro: «esclavo sarraceno convertido al cristianismo»; pero en este caso servía para definir a un «liberado» de una falsa religión. Pero el vocablo pasa por una etapa de olvido y es Calvino quien lo recupera al titular uno de sus tratados *Contra la secta fantástica y furiosa de los libertinos que se llaman espirituales* (1545), entendiendo por tales a los que denuncia por herejes: los anabaptistas, que se sienten con la capacidad de pensar libremente y tachar a las religiones reveladas de imposturas; con «violencia teológica» y blasfema, los anabaptistas y su «banda» niegan el pecado, según Calvino, y predicán la comunidad de bienes, de donde se deriva una libertad de costumbres que rompe las convenciones y normas de cualquier orden establecido: «una bella doctrina para putas y rufianes», propia de ateos y de materialistas, según Guillaume Farel (1550). El saco de significación del término va engrosándose, pero a partir de ahora se carga de un sentido peyorativo y, demonizado, se emplea a mala parte: lo demuestran sus sinónimos: impío, incrédulo, ateo, disoluto, depravado, licencioso, desvergonzado...²

¹ Las Biblias del siglo XX en castellano consultadas (Cantera-Iglesias, Biblia de Jerusalén, etc.) escriben «libertos»; sin embargo, la traducción que en 1569 publica el sevillano Casiodoro de Reina, conocida como *La Biblia del Oso* (Alfaguara, 1987), dice «libertinos» (t. IV, pág. 315), igual que hacen las traducciones francesas del período, «liberticiens» y «libertins».

² Es inútil recurrir al *Diccionario de la Real Academia Española* para ver el

Así nacen a mediados del XVI, durante los enfrentamientos religiosos, las dos líneas de significado de *libertino*; entre los protestantes primero; luego, en la segunda mitad del siglo, entre los católicos, con esa doble línea de interpretación. Cuando el concilio de Trento (1545-1563) endurezca la ortodoxia, los libertinos volverán a ser considerados desde el prisma civil, dada la vinculación de catolicismo y absolutismo: el dogma sostiene al César y éste se siente atacado cuando se ataca a la religión. No tardará en olvidarse la dis-

recorrido significativo de los términos *liberto*, *libertino* y *libertinaje* en español; al hilo de las ediciones se añaden, se reescriben o se retiran, para volver a incluirlas en otras posteriores, acepciones que, sin la meticulosidad de los matices ofrecidos por los diccionarios franceses, van y vienen como reflejos del francés, como admite Corominas. El *Diccionario de Autoridades* ya recoge en 1734 la acepción de «hijo del esclavo», pero nada dice sobre la depravación; sólo en la definición de *libertad* encontramos algo relacionado: «Se toma muchas veces por licencia exorbitante, desenvoltura, desvergüenza de los que abusan de la verdadera libertad». Hasta la edición de 1803 no aparece como «adjetivo que se aplica a la persona que tiene libertinaje. *Dissolutus*», mientras define libertinaje como: «Desenfreno en las obras o en las palabras. *Nimia licencia.*// La falta de respeto a la religión. *Impietas*». Las ediciones posteriores, hasta la más reciente, no ahondan en ese significado, dándose el caso de que hay algunas en las que desaparece la referencia al adjetivo «que se aplica a la persona que tiene libertinaje» (ediciones de 1837, 1843, 1852, etcétera), mientras que, a partir de 1884 –y siguientes, hasta la edición de 1984 (1.^a)–, desaparece en *libertino* la referencia al significado de «falta de respeto a la religión. *Impietas*». Las ediciones de 1984 (2.^a) y 1989 añaden un nuevo punto de vista: «*Fil.* Dícese de la persona que adopta una postura crítica y libre frente a los dogmas religiosos, filosóficos y morales»; pero durará poco en el *Diccionario de la Real Academia*, que elimina esa acepción en 1992.

Todas las referencias de este prólogo se remiten al mundo francés; en España, el dogmatismo del Concilio de Trento se impuso mediante el brazo armado de la Inquisición para impedir cualquier disidencia, entre ellas la de los libertinos, pese a algunos intentos tímidos, dadas las circunstancias y las amenazas, de la Ilustración española.

tinción hecha por Calvino ni en hacer frente común ambas confesiones, católica y protestante, para arremeter contra los «libertinos y ateístas» que desprecian por un lado las leyes y normas de vida cristiana y rinden culto por otro a la sensualidad.

Los calificativos se suman: gentes sin Dios, «dudadores» o pirronianos, epicúreos..., al par que aumentan los procesos y la represión, sobre todo a partir de la ejecución de Lucilio Vanini, estrangulado y quemado vivo en Toulouse en 1619 después de serle arrancada la lengua, convicto de blasfemia, corrupción de costumbres, impiedad, ateísmo y brujería³. Durante la segunda mitad del siglo XVII sobre todo, la aristocracia francesa y sus hijos aprovechan su poder económico y su posición social para lanzarse a excesos de una sexualidad sin obstáculos, mientras los pensadores del siglo sedimentan un materialismo inspirado en Epicuro y en Demócrito: por ejemplo, Cyrano de Bergerac (*El otro mundo: Historia cómica de los Estados e Imperios de la Luna y del Sol*, 1650-1652), o el poeta Théophile de Viau⁴. Desde Vanini,

³ «Le vi en la carreta, camino del suplicio; se burlaba de un franciscano que le habían dado para su consuelo y hacerle renunciar a su obstinación... [...] A punto de morir presentaba una apariencia horrible y completamente feroz. [...] Antes de que prendieran fuego a la hoguera se le ordenó sacar la lengua para cortársela. Se negó, y el verdugo sólo pudo cogerla con unas tenazas, que utilizó para mantenerla y cortarla. Nunca se oyó grito más terrible; se habría dicho el mugido de un buey. El resto de su cuerpo fue consumido por el fuego, y se dispersaron sus cenizas al viento. [...] Ese aullido de bestia que lanzó antes de morir muestra de sobra su falta de perseverancia» (Gabriel-Barthélemy de Gramond, *Historiæ Galliæ ab excessu Henrici IV*, 1643).

⁴ Seguidor de Vanini, Théophile de Viau (1590-1626) fue desterrado en 1620; denunciado al año siguiente por los jesuitas, condenado a muerte –fue quemado en efigie– y encarcelado luego durante casi dos años, terminó siendo desterrado a perpetuidad; cuando, con la protección del duque de Montmorency, salió de la cárcel, ésta había minado sus fuerzas y sólo sobrevivió unos meses.

los filósofos de finales del siglo XVI se dedican a denunciar la falsedad de las religiones reveladas y de los textos sagrados, en especial de la Biblia, negando, con los nuevos conocimientos científicos en mano, los milagros, las cronologías... François de La Mothe Le Vayer –médico a cuyo círculo de amistades perteneció Molière– y Gassendi amplían los puntos de vista de los «ateos» del Renacimiento: Vanini, Giordano Bruno o Pomponazzi. Es en ese momento cuando los acusadores eclesiásticos, y en concreto el padre Garasse, acuñan las imágenes que durante el siglo XVII utilizarán sus sucesores para atacar a la novela libertina: ateos, impúdicos, lobos rapaces...

A finales del siglo XVII se produce un cambio que trata de separar religión y moral, libertinaje de pensamiento y libertinaje de costumbres⁵. Mientras el primero exige una libertad de pensamiento que se convertirá en piedra angular de los «filósofos» ilustrados, el segundo se entrega a una libertad sensual que, inspirada en la libertad de pensamiento, es más una práctica vital que una filosofía. Eliminando barreras y arremetiendo contra tabúes y prohibiciones sexuales, el siglo XVIII llevará al límite último esa práctica.

Si el libertino, en su doble vertiente de incredulidad en materia de religión y de depravación de costumbres, existe durante el reinado del Rey Sol, incluso entre miembros de la familia real, los años de sombra impuestos por el rigor religioso de Mme. de Maintenon en la última etapa del rei-

⁵ «El libertinaje es la consecuencia inmediata de una quiebra de los modelos: el modelo de explicación del mundo por la ciencia, por tanto, el modelo de discurso teológico; el modelo de práctica cristiana; el modelo político y civil que conduce a la instalación de una monarquía absoluta; el modelo social donde se produce el conflicto entre los privilegios de nacimiento y el mérito personal; el modelo de literatura y de escritura. Francia vive un momento peligroso donde deben ser redefinidas las relaciones con Dios, con el mundo, consigo mismo y con los demás» (Jacques Prévot, en su introducción a *Libertins du XVII^e siècle*, Gallimard, Bibl. de la Pléiade, 1998, tomo I, pág. xx).

nado provocan un irrefrenable estallido de vida con el cuerpo del monarca todavía caliente: el cortejo fúnebre que en septiembre de 1715 lleva el cadáver de Luis XIV al cementerio de Saint-Denis es despedido por las calles con cantos y bailes del pueblo; y nada más hacerse cargo de la Regencia, Felipe d'Orléans gira en dirección contraria el timonel del Estado; a los lutos impuestos sucede en un abrir y cerrar de ojos la reapertura de los bailes prohibidos, el llamamiento a los Comédiens Italiens, expulsados por una Maintenon que se creyó ridiculizada en una de sus obras, un nuevo sistema de finanzas que el banquero Law organiza sustituyendo el metálico por papel moneda –no tardará en descubrirse como un desastre que pone al borde de la quiebra al Estado, y que tuvo por fruto depravar «las imaginaciones» tras la lluvia de billetes de banco sin respaldo suficiente de la Banque Générale que inundó París, y, por último, un sistema de vida donde el *carpe diem* lo predica con su ejemplo el propio Regente, mientras un abate, convertido en cardenal, Dubois, bendice los nuevos modos de vida y como preceptor enseña al rey casi niño los fundamentos del libertinaje.

En ese momento, *libertin* se descarga de buena parte de su contenido de rebeldía religiosa para significar, sobre todo, sensualidad, búsqueda de placer; de ahí a la depravación, al frenesí del erotismo y del sexo no había más que un paso que los diccionarios señalan: poco años más tarde la *Enciclopedia* comenta, por ejemplo, en el artículo *libertinage*. «Es el hábito de ceder al instinto lo que nos lleva a los placeres de los sentidos; no respeta las costumbres, pero no aparenta enfrentarse a ellas; [...] está a medio camino entre la voluptuosidad y la depravación». Diderot, que firma el artículo *voluptueux*, quiere matizar las partes negativas: voluptuoso es «el que ama los placeres sensuales», y los que defienden doctrinas austeras que niegan «la multitud de objetos que nos rodean y que están destinados a conmover esa sensibilidad de cien maneras agradables» son unos atrabiliarios a los que habría que encerrar en

casas de locos, pues «creen honrar a Dios mediante la privación de las cosas que ha creado».

Desde esa fecha, el libertino no sólo ejerce sus pasiones, sino que las exhibe: el placer, convertido en nuevo dios y única meta de la existencia, se apodera de Versalles y de la Corte sobre todo, pero el clima está dado y, lentamente, va a inundar a partir de 1720 a toda la sociedad. Nacen o se abren, dentro del espacio público, bailes y óperas, salones y tocadores, por donde navegan petimetres a la caza de cortesanas o de «mujeres del mundo», y donde se despilfarra una suntuosidad hecha de regalos de diamantes y porcelanas como peones de las partidas de amor: uno de esos peones, la *petite maison*, se generalizará andando el siglo entre la alta aristocracia siguiendo el modelo que a sus imaginaciones ofrecía Luis XVI: el monarca mantiene una casa donde aloja muchachas para su disfrute en el Parc-aux-Cerfs, «nombre hecho para echar a volar la imaginación y que, a pesar de todas las precauciones tomadas, en breve plazo se convertiría en símbolo de la torpeza moral del Cristianísimo Rey»⁶. La bancarrota a que Law había llevado al país demostraba que de la noche a la mañana se podían perder, o ganar, grandes fortunas; la despreocupación invade todas las cabezas –sólo alguna de la vieja generación (Saint-Simon) se da cuenta del peligro que había en trocar tierras y propiedades por papel–; vale todo, por tanto, en este mundo que es puro teatro y donde la importancia de los personajes viene marcada por el traje que llevan.

En el caos que genera la fluidez constante y rapidísima del dinero y las fortunas, cobra importancia, además de la burguesía con pruritos de nobleza y que participa, cuando puede, en el libertinaje aristocrático, otra clase social, un tercer estado que aprovecha las migajas que caen del capricho libertino de las dos clases situadas por encima de ella: y lo aprovecha empleando la única arma que tiene, la picar-

⁶ Véase Benedetta Craveri, *Amantes y reinas. El poder de las mujeres*, Si-ruela, Madrid 2003, págs. 316-320.

día, para insertarse en la corriente y dejarse llevar por dinero a la sexualidad y a la prostitución en todas sus variantes, para luego derrochar también esas ganancias fáciles en el juego, la pereza, el vino o el vagabundeo, como atestigua, sin que sea ése su caso, la de la novela de Fougere de Monbron *Margot la remendona*: Margot nos contará el modo en que, a río revuelto, los pescadores avisados pueden conseguir una buena bolsa: con ella se construyen una situación social a la que no podían aspirar por nacimiento.

La novela libertina vista ayer y hoy

El mismo trayecto que recorren las costumbres lo hace la literatura libertina, que en el XVI, frente a los numerosos textos filosóficos, apenas cuenta con los poemas burlones y satíricos de Viau y con una novela anónima de iniciación sexual: *L'École des filles*. Pero nada más iniciarse la nueva centuria se produce un hecho capital para la novela: empieza a publicarse la traducción de Galland de *Las mil y una noches* (1704-1717), que sorprende por su delicada sensualidad y por la manera de estructurar y articular los relatos y la novela. No era mucho lo que la época conocía de Oriente, pero quedó fuertemente impresionada por esas *Mil y una noches* que inundaron las imaginaciones más claras del siglo, desde la de Crébillon a la de Diderot y Montesquieu, desde la de Voltaire a la de Goethe. Había, desde luego, antecedentes en algunas obras narrativas y teatrales: por ejemplo, en *El burgués gentilhomme* de Molière, que había jugado, y no fue el único, a las «turquerías» en esa pieza, encargo hecho al cómico por Luis XIV para festejar la llegada de un nuevo embajador del Gran Turco tras una etapa de ruptura de relaciones diplomáticas entre aquel país, muy poderoso en el Mediterráneo de entonces, y Francia.

Tomando como ejemplo a Voltaire, de sus veintiséis cuentos canónicos, once se ambientan en ese mundo; para criticar los vicios de la sociedad francesa, o por el simple